

Salvador Reyes

Destino



INCLINADO sobre tu boca pintada
y triste por la risa de veinte años,
he aquí mi secreto.

El corazón ebrio de músicas falsas,
golpeando para tu baile el gong de las noches alegres.
Mi vida, enmascarando su vejez de pensamiento
con tus multicolores vestidos de niña.
Así, tú y yo poco sabemos
del oscuro y vacilante hermano que camina en nosotros.

Yo no podré señalarte el día de mi partida primera.
Tus ojos que saben descubrir
bajo el ceño del hombre las huellas de sus traiciones,
no me vieron alejarme.
Fué tal vez hace tantos años, bajo el arco de la infancia,
cuando la canción de la costa
atrapaba en sus tentáculos
a la flor de la luna.

Desde entonces he andado lejos de mí,
recobrándome sólo por momentos,
viviendo en secreto mi propia ausencia,

sin poder amar, sin poder llorar verdaderamente,
arrastrado por el viento de los caminos.

Nada comprendes de esta gran soledad sin asilo.
Tu perdón cae en ella, duerme en ella y sonríe.
Yo estoy aquí cercado de vidas perdidas,
de espantosos naufragios, de pueblos que cantan
en lengua extranjera.

Tu amor de siempre que no dure sino el minuto
en que el ancla abandona el fondo de la bahía.
Esta noche de amor
cercada por los silbidos de los vagabundos
y nada más.

Otra cosa sería descifrar tu alma,
poseer tu vida y tu voluntad.

Podemos partir, pero no iremos juntos
demasiado lejos...

Ten recelo de mí, no te acerques demasiado a mi corazón.
Dejaría de desearte. Y sólo amo el deseo.

Quiero sufrir la amarga dicha de perderte,
de decirte adiós siempre bajo el cielo de la noche
en el muelle donde el destino escribe
su signo de partida.